

AÑO IV. Lunes 31 de Marzo de 1862. Núm. 72



BOLETIN ECLESIASTICO

DEL

OBISPADO DE SIGÜENZA.

Esta publicación oficial saldrá por un orden regular dos veces al mes, según disponga el Prelado.

OBISPADO DE SIGÜENZA.

NOS DON FRANCISCO DE PAULA BENAVIDES Y NAVARRETE,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA, OBISPO DE SIGÜENZA, DEL HÁBITO DE SANTIAGO, PRELADO DOMÉSTICO DE SU SANTIDAD Y ASISTENTE AL SACRO SOLIO PONTIFICIO, DEL CONSEJO DE S. M. ETC.

A nuestros venerables hermanos el Dean y Cabildo de nuestra Santa Iglesia, á los respetables Párrocos y demas individuos del Clero, á nuestras amadas Comunidades religiosas y fieles todos de la Diócesis: Dios, Padre nuestro, y el Señor Jesucristo os den gracia y paz.

El Apostol S. Pablo, al descubrir á la Iglesia de Dios, en Corinto, los magníficos documentos, los admirables testimonios de sabiduría, de poder y de caridad contenidos en el Evangelio: al mostrar á los fieles la grandeza de los mis-

terios que encierra su doctrina tan pura, sus temores y esperanzas; al dirigirse con particularidad á los ministros evangélicos, inculcándoles sapientísimas reglas de conducta, y exigiéndoles mucha paciencia en medio de las angustias y sediciones públicas, vivir siempre con pureza, con caridad sincera y predicar entre el honor y la ignominia, tenidos por impostores siendo verídicos, ó como melancólicos estando en realidad alegres, exclamaba: *El amor ¡oh Corintios! hace que mi boca se habra tan francamente, y se ensanche mi coraxon.* Con estas mismas palabras, venerables hermanos y queridos hijos en el Señor, autorizamos nuestra voz al llevarla á vuestros oídos por medio de la presente carta, tributo de nuestro pastoral celo al santo tiempo cuadregesimal, requerida no menos por los públicos dolores del universo católico y por los peligros siempre en aumento del infierno terrestre en que vivimos. Algunos de vosotros sois testigos de nuestra asistencia á los oficios divinos en la feria 4.^a de Ceniza; de cómo recibimos humildes é impusimos luego sobre vuestras cabezas este misterioso símbolo de la caducidad humana, y recuerdo insoportable para el impetuoso cuanto ridículo orgullo del hombre. Así lo demostramos con las luces de la razón y de la fe desde la cátedra de la verdad, enlazando con el justo terror, propio de la augusta ceremonia, los consuelos de una esperanza inmortal, que nos obliga á atesorar en el cielo. De esta manera inauguramos en nuestra Santa Iglesia los grandes y santos días de Cuáresma. Y aunque allí, abierta tan solemne carrera de penitencia cristiana, la deseamos y pedimos para todos nuestros hijos, ya entonces pensamos comunicaros algunas tiernas é instructivas reflexiones, que adecuadas á vuestras necesidades espirituales, y como pesan en nuestra conciencia de Obispo, os trasmitimos sin mas tardanza, instados de nuestro deber en este sagrado tiempo y días harto calamitosos. No hay, no puede haber motivos mas dignos de meditacion para los corazones piadosos, y al mismo tiempo para los espíritus elevados, que el espectáculo grave, de interes vivísimo y de actitud amorosa de la Iglesia Católica nuestra Madre durante el curso por siempre memorable de la sagrada cuarentena. Convo-

cando á celebrarla, pídenos antes de todo lágrimas y gemidos de saludable penitencia. *Convertimini ad me*: Convertíos á mi: voz amiga, voz que anuncia misericordia y perdón al entendimiento sumiso, al corazón humillado; voz que triunfa en boca de los Profetas del antiguo pueblo de Dios, ostentando los portentos de la gracia y los prodigios de la divina clemencia, obtenidos por las santas austeridades del ayuno y de las súplicas ardientes de voluntades rendidas. Tan cierto es, por lo que arrojan las letras inspiradas, que hoy como siempre será la penitencia el gran medio de salud para la vida cristiana y el origen de las acciones heroicas. Ella, como enseña S. Agustín, sana las enfermedades, cura los leprosos, resucita á los muertos, ahuyenta los vicios, adorna las virtudes, fortalece y corrobora la mente, todo lo resarce, todo lo reintegra, templá los sucesos, reprime y contiene los ímpetus. El que se ignora á sí, por esta virtud se reconoce; el que se busca á sí, por esta virtud se encuentra. Esta es la que conduce los hombres á los ángeles y restituye la criatura al Criador. Esta mostró la oveja al que la buscaba, y la dracma perdida á quien la deseaba con ansia. Esta atrajo á su padre al hijo pródigo y entregó al custodio para su cura el herido por los ladrones en el camino de Jericó. ¡Oh cuán desgraciados y miserables son los transgresores de la Ley! *Convertimini ad me*; convertíos á mi, repitiremos con las sublimes amonestaciones de la Iglesia. Porque entended: el pecador no solo trastorna con su rebelion el orden moral del universo, afea y mancha su belleza, descompone sacrilego y altera su encantadora armonía, sino que empieza por herirse á sí mismo. El que usurpa, por ejemplo, reinos y bienes por títulos de fuerza y de injusticia, levantándose así contra las verdades del Evangelio y burlándose de los misterios de la bondad divina, es forzoso que á sí propio se injurie, despojándose de su rectitud y honradez. El sensual que quiere manchar y materializarlo todo no puede dar los primeros pasos en su carrera inmunda sin lastimar antes la integridad de su persona, sin atentar primero contra las leyes de su inocencia. El escandaloso, murmurador ó maldiciente harán igualmente los ensayos de su maldad con-

tra sí propios, y cuando profanen el santo nombre de Dios, ó despedacen la fama agena, de seguro han ofuscado su privilegiada razon y corrompido su conciencia. ¿Cómo no reconocer la necesidad de convertirse? Mas al inculcarla tanto la Iglesia Católica exige á la vez en los actos de nuestro progreso en la fe, que perfumemos nuestra cabeza y lavemos bien nuestra cara, para no aparecer con desden y ceño como los hipócritas en dias de una santa alegría. ¡Ah! ¿Y cómo no? Esta madre cautelosa y tierna, temiendo sobre todo que sus hijos malogren los tesoros del cielo y las bendiciones de la gracia, inquieta porque el hombre, predilecto objeto de su amor, procure merecer solo ante el mundo con una penitencia afectada, muéstrase desde luego celosa para que ningun sentimiento suplante el lugar de la verdad, y robe con falsas apariencias de templanza los honores exclusivos de la virtud. Porque es demasiado cierto que la raza de los antiguos hipócritas no se estinguió en ellos. Hoy la hallamos en cuantos ostentan en sus proyectos favorables á la Religion un celo y un amor que no tienen en su alma. Hoy la hallamos en los que dominados por el orgullo y devorados por el veneno de la codicia y envidia, estan como ciegos, aunque se encuentran ufanos en primera línea dentro del consejo de las naciones. Hoy los hallamos en esos escritos de autores falaces, en la elocuencia de oradores fogosos, de esos genios ardientes que á sí mismos se declaran apóstoles de la humanidad, cuando realmente la perturban y desconocen al Salvador que tienen en su presencia. Hoy los hallamos, en fin, en quienes jactándose de hijos dóciles de la Iglesia Católica no aciertan sin embargo á serle obedientes y tributarle homenajes. Pues bien, á todos llama esta madre dulcísima y á todos quiere reunir bajo sus alas para celebrar dignamente la Pascua. Al efecto, interesa hasta á los niños de pecho en su angelical inocencia para que la heredad católica no caiga en el oprobio y bajo el dominio de naciones estrañas. Y con el fin de llevarnos al Señor, sacándonos ilesos del círculo en que se encuentra nuestra agitada vida, del torbellino social que nos disipa con lo frívolo y el placer, y nos brinda con el pecado, mirad atentamente cómo procede. Lo primero,

apela á la sagrada gerarquía de sus pastores. ¡Oh, cuán bella y admirable es la sucesion no interrumpida de los embajadores de Dios, investidos de las divinas promesas y de la mision de enseñar á todos los pueblos! ¡Qué magnífica y duradera es la constitucion de esta Iglesia docente con Pedro á la cabeza! No tiene limites por el tiempo ni por el espacio, se estiende á todos los siglos y á todas naciones; á su vista mueren los Reyes, acaban las dinastías y desaparecen los imperios; pero sus frutos permanecen eternamente. Es cierto que cuenta con enemigos gratuitos é implacables que la contradicen é insultan; pero tambien lo es, que sin abandonar su belleza, se muestra terrible formando en batalla sus escuadrones, cerrados y unidos contra los enemigos de Dios y de la sociedad. Así lleva el cetro de su poder á todas partes, el mismo símbolo, y asida sobre la roca de la promesa infalible, no teme por sí las revoluciones de la tierra ni las violencias del infierno. Ella no ha recibido su autoridad de los Césares ni del pueblo, ni ha tomado sus lecciones en las academias y ateneos, ni arranca las reglas de su creencia de la razon individual presumida y temeraria, malvada á veces, caprichosa é insegura siempre. Muy al contrario, su origen deriva de mas arriba, del cielo, y por eso la palabra de Dios no puede estar cautiva un instante. *Docete omnes gentes. Non vos me elegistis, sed ego elegi vos.* De esta manera la Iglesia Católica abre sus púlpitos, para que como depositarios de la ciencia divina, la comuniquen íntegramente, en toda su pureza y con tan escrupulosa fidelidad como lo hacia el ángel de que nos habla Malaquías, que solo era un eco, solo repetia lo que el mismo Dios le encargaba. Efectivamente, sin vanas palabras, sin las fábulas inútiles del hombre, sin el desbordamiento de frases de oradores espumosos, segun calificaba S. Agustin á ciertos disertadores de su tiempo, los misioneros de la verdad, los sucesores de los Apóstoles, los llamados con vocacion legítima para ser la luz del mundo y la sal de la tierra, se consagran á sus tareas apostólicas, y redoblando su celo continúan el noble empeño, la obligacion sacratísima del año entero, de enseñar al pueblo los dogmas, de explicar la ley,

imponiendo su ejecucion como un yugo, pero dulce y suave con los ausilios divinos.

Por esto, venerables hermanos y amados hijos, son nuestros designios hoy, no por títulos de gracia ó favor humano, sino apoyados en credenciales mas altas, atraer vuestra atención á las luces y consejos de nuestro paternal ministerio. Las instrucciones de este santo tiempo, sus devociones y prácticas, su espresiva liturgia, las tiernas y bellisimas meditaciones con que escita nuestra gratitud de cristianos, todo nos conduce á un término consolador, que es la misericordia divina manifestada por Jesucristo Señor nuestro. A Jesucristo crucificado, á Jesus autor y consumidor de nuestra fe, es á quien nos lleva la Iglesia en el curso cuadregesimal, despues de instruirnos con las mas sublimes lecciones de su ejemplo, y fortalecernos con la autoridad visible de los milagros evangélicos. Vamos, pues, á Jesucristo. Salgamos á su encuentro como amigos fieles de la verdad, creyendo en él como en el Eterno verbo enviado al mundo para rescatarle, en quien reside toda virtud, todo poder, porque es camino, luz y vida. Creyendo en él como el Centurion del Evangelio, segun propone con admirable elocuencia por estas palabras el célebre autor de la *Escuela de los milagros*: «El pueblo todo de Israel, dice, no escuchó la celestial doctrina del Mesias sino despues de haber sido saciado de su pan milagroso, y como el mismo Jesucristo les echa en cara, no creía sus palabras si no veía sus prodigios. *Nisi signa et prodigia videritis, non creditis*. Solo el Centurion, de profesion militar y de religion pagano, sin hacer largos racionios ni aguardar milagros, apenas conoce cree, adora; apenas adora confiesa en Jesucristo un Dios encarnado, inmenso, infinito y omnipotente. No debemos, pues, creer nosotros con una mente indocil, con una razon orgullosa, con una curiosidad inquieta, con un espíritu impaciente del santo yugo de la verdad de la fe; que la juzga con severidad, que quiere penetrarla con presuncion, que la olvida con indiferencia, que la desmiente con el corazon y la deshonra con las acciones. Esto es creer como herege, como protestante, como judío. Debemos por el contrario creer

como cristianos, como católicos, como gentiles á la manera del Centurion; es decir, creer con docilidad de espíritu, con sencillez de entendimiento, con humildad de corazon, con plenitud de asentimiento, con firmeza de voluntad, con viveza y ternura de afecto; en otros términos: debemos creer amando y amar creyendo, y sobre todo procurando, como dice S. Gregorio, confirmar nuestra fé con las obras; porque solo aquel cree bien que se conduce y vive bien. *Si fidem nostram operimus sequimur: ille enim vere credit, qui exercet operando quod credit.*

Vamos, pues, á Jesucristo y arrojémonos á sus plantas con humildad, llenos de confianza y tan perseverantes en nuestra oracion como lo estuvo en la suya aquella célebre estrangera, la insigne Cananea, que segun el Évangelio salió al paso de Jesus en los confines de Tiro y Sidon clamando: Ten misericordia de mi, hijo de David, mi hija está atormentada del demonio. ¡Oh y qué leccion tan provechosa para nosotros la de esta matrona de la gentilidad! ¡Para nosotros que no somos como ella estraños á los testamentos sino ciudadanos de los santos y domésticos de Dios! Porque es preciso inculcarlo: brilla con magnificencia el don de la fe en la carrera de la vida cristiana, pero no basta, como advierte S. Agustin con clarísima doctrina. *Vere novit recte vivere qui recte novit orare.* Es necesaria la oracion. ¿Y qué es la oracion? En la historia de la Cananea lo descubrimos. Es levantar el alma á Dios grande y misericordioso. Es elevarse el hombre criatura á Dios criador, buscando en su bondad infinita el manantial de los bienes. Es ir á esponer ante su trono divino la muchedumbre de nuestras miserias implorando la piedad y el socorro. Es pedir el perdon de los pecados y los ausilios de la gracia para no volver á cometerlos. Es conversar con Dios, como dice S. Juan Crisóstomo; y es en fin enderezar nuestro espíritu y nuestro corazon á la divinidad, segun enseña Sto. Tomas de Aquino. Esto es orar, y tal es la condicion del hombre sobre la tierra; su deber primero, su recurso único, su consuelo; en suma, el cristiano es un hombre de oracion. La nobleza de su origen de un lado, de otro sus necesidades que nunca aca-

ban, sus peligros sin cuento, todo viene advertirle que es menester orar sin intermision, todo sirve á enseñarle que la oracion no es un don particular reservado en los designios divinos para las almas de privilegio, sino deber impuesto á la criatura como virtud indispensable, exigida á los perfectos y á los injustos, á sabios é ignorantes de cualquiera condicion y estado. «Todo aquel, en lenguaje de un escritor piadoso, que tenga cabeza y corazon para conocer y amar al autor de su ser, y acierte á discurrir entre su pequeñez y la grandeza de Dios, debe saber adorarle, rendirle gracias, apaciguarle si se irrita, llamarle si se retira, humillársele cuando hiere y bendecirle cuando consuela.» Por otra parte, Dios está presente á todas nuestras deprecaciones. Y así cuando oras, hermano, decia el venerable Granada, no juzgues que azotas el aire, ó que arrojas tus palabras al viento, sino que asiste muy presente el Señor, que mira tus deseos, atiende tus voces, ve tus lágrimas, contempla tus gemidos y anhelos, segun atestigua el Real Profeta, *Señor, delante de ti está todo mi deseo, y mi gemido no te se oculta.* ¿Qué nos impedirá orar? Nada absolutamente. En las labores del campo, en los talleres del artesano, en el mostrador del comerciante, en el despacho del hombre de estudio, en las filas del soldado, en el carruaje del viajero, en la barca del marino, bajo los techos de maderas olorosas, en la choza del pastor, en la cama del enfermo, en la prision del detenido, allí se encuentra Dios atento á nuestras miradas y sollozos. Preguntad si no en corroboracion de estas verdades á los ilustres mártires del nombre cristiano, á los preclaros confesores de la fe, á los penitentes del desierto y evocadas del sepulcro sus sombras venerandas os responderán sin detenerse: Hermanos queridos, oid nuestra historia; pedimos y recibimos: buscamos y hallamos: llamamos y se nos abrió. Así nos vimos elevados del apego de la tierra al amor de las cosas celestiales, y Dios recibió nuestras almas por hijas, por templo y morada en que colocó sus inefables delicias. Así brilló su luz sobre nosotros, nos llevó por el camino de sus preceptos y nos condujo por ellos sin desfallecer. Todo esto es grande, y al mismo tiem-

po habla elocuentemente en pro de la oracion cristiana.

Vamos, pues, á Jesucristo. Y fijándonos ahora en uno de los mas admirables temas de este tiempo de santificacion, os invito á concurrir, en alas del espíritu, á las espaciosas llanuras de Bethsaida, para hacernos cargo de las altas funciones que alli ejerce el Redentor de las almas. Veremos cómo las turbas agradecidas á su bienhechor quieren levantarle un trono, si bien no hay temor de que acepte tan encumbrados como peligrosos honores, y menos aun que en el aplauso, que en la brillante ovacion con que intentan saludarle, haya motivo de recordar como á los ilustres capitanes de la antigua Roma la caducidad propia de la magnificencia terrena y el humo ligero de los inciensos humanos. Pero ¿qué sucede? Oidlo. Mas de cinco mil personas siguen á Jesucristo en el desierto llevadas del amor á su doctrina y del poder encantador de sus milagros. Sin provisiones de ningun género y separadas de sus hogares hace tres dias, no quiere el divino Maestro enviarlas sin alimento á sus casas, temiendo que desfallezcan en el camino: no hay sin embargo otros manjares para servir el banquete que cinco panes de cebada y dos peces, de un joven que alli se encuentra. Pero Jesus ordena resueltamente que todas aquellas gentes se sienten sobre la yerba; y tomando los panes en sus sacratísimas manos, despues de dar gracias á su Eterno Padre, repartiolos por medio de sus discípulos, y lo mismo hizo con los peces, dando á todos cuanto querian; añadiendo á sus discípulos, recojed los pedazos sobrantes para que no se pierdan, y recojieron con ellos doce cestos. Esto era lo que acontecia para que la multitud reconocida intentara proclamar rey á Jesus. No tanto por el milagro, harto elocuente siempre, de una comida abundante improvisada en obsequio de millares de individuos, sino para perpetuar los triunfos de la fe en la providencia de Dios, quisieron las turbas hebreas dejarnos tan señalado testimonio de su confianza en los inagotables tesoros divinos. ¡Admirable contraste con los palpitantes ejemplos de nuestras sociedades! Miradlas cómo viven, sin reposo, como si no tuvieran un centro á que agruparse, como navegantes sin faro que les

guie, agitándose en todas direcciones y en todas sus escalas con inaudito afán, unas veces á la luz, otras en las tinieblas. Y sin embargo la voz providencial del desierto no ha podido debilitarse con el trascurso de los siglos. Uno mismo es el Maestro en todos ellos. Uno, que siendo Dios y reinando en las alturas, se abate y anonada hasta tomar la forma de siervo haciéndose carne y habitando entre nosotros. Nada mas propio de nuestro caracter pastoral, venerables hermanos y carísimos hijos, que establecer y proclamar lo que establecen y proclaman todas las tradiciones, todos los monumentos, todas las historias, la fe pública del universo; á saber, la sabia y constante providencia de Jesus de Nazaret, Maestro, Pontífice, Rey y Salvador que, como dice el santo ilustre Obispo de Hipona, no lo es para exigir tributos, ni levantar ejércitos numerosos, sino para gobernar las almas, para procurar los bienes eternos y hacer reinar con él á los que la caridad tiene sujetos á sus órdenes. ¿Para qué dias si no habia de brillar con preferencia el esplendor de una activa y bondadosa providencia? En los dias venturosos de la redencion ciertamente, en los que estaba anunciado que floreceria la justicia y la abundancia del orden, su legitima consecuencia. Para aquel dichoso momento en que Jesucristo se presentara ante la faz de la tierra á cumplir el oráculo de Zacarias, trayendo para felicidad del género humano, y como Monarca universal, estampados en su corona de espinas los títulos de Justo y de Salvador.

Pues bien; hoy es cuando mas garantías ostenta á la confianza y á la fe de los creyentes, á las naciones bautizadas, ese reinado pacífico de Jesus, verdadero complemento del plan de la Providencia. No es posible enumerar los dones con que estan enriquecidas las generaciones católicas. Con la fuerza irresistible del Evangelio se hacen comunes y se ponen al alcance de todas las inteligencias las mas sublimes verdades del dogma, los mas sanos principios de moral, no menos que los adelantos en el orden civil y político. La familia con sus ventajas y honores, la pureza de costumbres, el respeto de la vida, las garantías de la propiedad, la economía universal que distribuye el respeto, la obediencia y el

servicio á cada uno segun toca; la caridad en fin, condicion primera, caracter distintivo de la nueva alianza, del pacto celebrado con la verdadera casa de Jacob, todas son liberalidades gratuitas y preciosas debidas al reparador divino. Venid, venid nos dice con voz dulcísima, los que andais agoviados con trabajos y cargas, que yo os aliviaré: venid enfermos, encontrareis en mi vuestra curacion: pecadores publicanos acercaos que yo soy vuestro libertador; dejad que vengan á mi esos niños, porque de ellos es el reino de Dios. Resultando de aqui que todo es arreglado y armonioso en el mundo renovado; que Jesucristo establece virtudes universales y especiales, con cuya aplicacion labrando el bienestar presente atesoramos para el cielo; que es el fin de la ley y que llama para cumplirla á los individuos y familias, á los estados y pueblos. ¿Cómo no se apresuran á entrar en las miras de su providencia comun ilustrados con su Evangelio y favorecidos con su amor? ¿Hay algo que esperar despues de saber que la gracia de Jesucristo ha iluminado á los hombres, despues que ha divinizado las lágrimas y el dolor, despues que se ha mostrado como origen y modelo de toda potestad, despues en fin que nos ha enseñado renunciar á la impiedad y á las pasiones mundanas para vivir sóbria, justa y piadosamente en este siglo? ¿Hay acaso nuevos problemas que resolver? No, y mil veces no. Estamos, sin embargo, en el principio de los dolores. Porque sin duda el mundo siempre descansa sobre el mal y vive entregado á las disputas del hombre: en todos los paises y en todos los siglos suenan horas desgraciadas en que del fondo oscuro de las pasiones y concupiscencias humanas surjen levantamientos atroces contra las leyes mas venerandas y mas sagrados objetos; horas en que la lucha eterna del mal contra el bien ennegrece las páginas de la historia; pero la nuestra contemporánea ha reunido todos los peligros de que nos habla S. Pablo, y se distingue en su saña contra las barreras invencibles, contra los principios inmortales de fe y de justicia, solidísima base de la Religion y de la sociedad. Se embellece con refinamiento cruel todo lo que pertenece al dominio de la concupiscencia para enervar la energía del espíritu. Se explota el inconce-

bible letargo de la conciencia europea, la debilidad de los gobiernos y la ingratitude de los pueblos regenerados por el Evangelio, para sustituir á este con los delirantes sistemas de la razon pervertida, para retrogradar veinte siglos cayendo vergonzosamente en brazos del culto paganismo. Se ha olvidado al parecer, que solo la rectitud y piedad engrandecen á las naciones, y que el pecado las lleva á la desventura. Hoy el siglo se empeña en barajar sus conquistas de buena ley con otras de mal género, y en coronarse de flores y rosas sin dejar de ser culpado.

Ya en nuestra carta de instalacion en esta Silla Episcopal os escribíamos lo siguiente: «En vuestra presencia, pues, y de los altos deberes de nuestro ministerio, que estrechamente nos obligan á evangelizar en esta dilatada diócesis, no estrañareis, hermanos é hijos carísimos, que á semejanza del Prelado de Corinto en las obligaciones del oficio, sin tenerla en sus virtudes escelsas ni en la plenitud de sus dones, temamos y temblemos, como él entre sus fieles, en vuestra compañía. Porque á la verdad, cuál es hoy el ministerio del Obispo? ¿Cuáles sus temores y riesgos especiales? ¿Acaso embriagarán nuestros sentidos, fascinarán nuestros ojos las riquezas, los tesoros que rodeaban al Episcopado en tiempos todavía próximos? ¿Temeremos por ventura los peligros de la paz, de aquella paz de que habla S. Ambrosio, que debilita y mata en la prosperidad? ¡Ah! no. Cuidados de índole bien distinta, de muy contraria naturaleza, nos esperan en el fiel desempeño de nuestra investidura sagrada. Sabemos que en los tiempos actuales la gran tarea del pastoral ministerio es la de luchar constantemente contra el espíritu de impiedad, que mina los cimientos del edificio social; contra el error que avasalla los corazon débiles é ignorantes, contra el indiferentismo religioso, contra la falta de fe; en suma, indicios todos de una perturbacion moral, que amenaza destruir lo existente, aniquilando poco á poco lo que de bueno, de santo, de sabio nos legaron las generaciones precedentes, y con lo cual nuestros antepasados llevaron á gloriosa cima grandes hazañas, portentosas conquistas, descubrimientos famosos, admiracion de las eda-

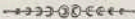
des y gloria imarcesible de nuestros católicos reinos.» Poco tiempo ha trascurrido desde entonces y sin embargo, forzosamente es reconocerlo y proclamarlo: los males públicos se agraban y las conciencias individuales corren cada día mas riesgos inminentísimos. Dentro de nuestra misma España, de nuestra patria amada, genios mal empleados, talentos olvidados de la humildad que ennoblece, escritores que á sí propios se confieren el delicado encargo de dirigir los ánimos, se ostentan perturbadores y audaces hasta el punto de censurar el celo apostólico de los primeros pastores y resistir la virtud de su autoridad sagrada. ¿Qué daño os produce, les diremos, las pruebas repetidas de nuestro amor? ¿Cómo podéis estrañar nuestros avisos al pueblo católico y que levantemos la voz advirtiendo los peligros en medio de una atmósfera tan saturada de materias inflamables? ¿Acaso debe sorprenderos que no apartemos la vista de la Santa Iglesia Romana, Madre de todas las Iglesias, fundamento inespugnable de la fe y centro glorioso del universo católico? ¿Cómo no proclamar que las heridas que recibe y los dolores que sufre haran mas brillante la gloria de su cruz? ¿No es á los Obispos á quienes inculparia el Dios de Israel por no dar una voz de alerta en la lobreguez de la noche, é intimar al pecador que morirá sin remedio si no se retrae de su impío proceder? ¿Habremos recibido el depósito de la fe para avergonzarnos del Evangelio y escusarnos de su defensa cuando le atacan embravecidas las pasiones humanas? ¡Oh! no, eso no puede ser. Y de tal manera sucede, que lejos de temer los tiros de la calumnia, de la sátira y del desprecio, la Iglesia docente no suspende su mision santa y civilizadora. Sus Prelados, hoy unos, mañana otros y todos con igual oportunidad, exhortan, predicán, hablan á sus ovejas y esponen á los pies del Trono, con el testimonio de reverente y acrisolada lealtad, en demanda de proteccion justísima para los mas caros intereses. Por nuestra parte queremos consignarlo aqui sinceramente: admiramos el cuerpo Episcopal á que pertenecemos sin méritos, su fuerza pacífica y modesta, su virtud y ciencia á toda prueba, su libertad de hijos de Dios. Suscribimos sus ardientes votos y hacemos nuestra su doc-

trina, sus grandes ejemplos y santas lecciones. Tenemos con ellos una misma fe y un mismo corazón. Por eso, venerables hermanos y queridos hijos, hallándonos, aunque indignos, en el santuario de los Pontífices, aprovechamos gustosos este tiempo aceptable de penitencia y salud para descubrirnos francamente los sentimientos de nuestra alma, á vosotros á quienes somos deudores de la mas tierna vigilancia y cariñoso consejo, sobre todo en dias como los presentes en que la sabiduría humana y la prudencia de la carne aspiran con desesperada lucha al triunfo de Satanás, príncipe de este siglo. Pero no le obtendrán. Al lado de los repugnantes excesos de la impiedad, continuará la Iglesia ofreciendo el espectáculo de sus virtudes. Bien convencida de las divinas promesas y asegurada de su existencia, verá que pasa como debil sombra el hombre soberbio y sin haber añadido con toda su arrogancia una línea siquiera á su talla. Los detractores de la Religion, enemigos á la vez del reposo público, seguirán en su empeño de proteger la malicia con el velo de una libertad mentida, invocándola para oprimir y corromper, como á los de su tiempo decia el Príncipe de los Apóstoles, *et non quasi velamen habentes malitice libertatem*, y el Episcopado hará frente á sus errores, bendiciendo á la vez sus personas. Tal es el temperamento de energía y dulzura; esta es aquella caridad benigna, complacida siempre en la verdad y fuerte contra la injusticia, que tan especialmente nos recuerdan los aniversarios del Calvario, próximos á celebrarse. Vamos, pues, á Jesucristo, os diremos por última vez, al acabar esta carta. Nosotros, venerables cooperadores, renovemos nuestra vocacion pastoral al pie de la cruz, de ese arbol divino que crece y se fortifica con los golpes cortantes que recibe. Consagrémosle todos nuestros deberes de gratitud, de vigilancia, de santidad y doctrina, de caridad y celo. ¡Desventurados si no evangelizamos, y olvidásemos en algun sentido que estamos constituidos en el jardin de la Iglesia para trabajar! En cuanto á vosotras toca, vírgenes del Señor, tierno objeto de nuestra santa predileccion, procurad cada dia mas que vuestra vida solitaria y los ausilios de vuestra oración sirvan de mérito

á vuestra perseverancia final y á los que viven agitados por las borrascas del mundo. Rogad y rogad siempre mientras pasa la hora de inquietud: *Donec pertranseat indignatio*, como el Profeta advierte. Servid de escudo á Israel contra los dardos de Satanás. ¡Oh cuánto hay que esperar de la vida perfecta bien sostenida! Y á vosotros todos, hijos carísimos, nada mas os pedimos que el arreglo de vuestra conducta á las leyes del Evangelio. Entonces, con el admirable conjunto de conciencias individuales puras, justas y caritativas se cumplirá en nosotros literalmente la profecía de Isaías: Sí, nuestros pueblos y ciudades reposarán en hermosa mansion de paz, en tabernáculos de perfecta seguridad y en el descanso de la opulencia. Asi sea en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, Trinidad adorable é indivisible unidad.

Dada en nuestro Palacio de Sigüenza á 14 de Marzo de 1862, aniversario cuarto de nuestra consagracion episcopal.—FRANCISCO DE PAULA, *Obispo de Sigüenza*.—Por mandado de S. S. I. el Obispo, mi señor, *Dr. José Fernandez*, Arcipreste Secretario.

Ordenamos que la presente Carta pastoral se lea en todas las Iglesias parroquiales de nuestra jurisdiccion en uno ó mas dias festivos, próximos á su recibo, á la hora de mayor concurrencia de fieles.



Sigüenza — Imp. de Manuel Pita

Continúa la lista de los señores que contribuyen con limosnas para la solemne canonizacion del Beato Miguel de los Santos.

	REALES. CÉNT.
<i>Suma anterior</i>	2,990
D. Sebastian Marco, cura de Budia.....	10
D. Gregorio Mayor, vicario de id.	5
D. Raimundo Valentin, cura de Enche.....	5
D. Felix Moya, ecónomo de Moranchel.....	4
D. Juan Antonio Castillo, arcipreste.....	10
D. Angel Cerreco y algunos vecinos de Argecilla.....	55
Sr. Cura de las Salinas	8
Los feligreses de id.....	32
D. Mariano Moreno	10
D. Mariano Gorro Moreno	10
D. Leon Escolano.....	10
Los feligreses de Lebrancon.....	6 18
Los vecinos de Cuevas-minadas	6 20
Sr. Cura de La Olmeda	19
Sr. Cura de Valdelcubo	10
Sr. Cura de Sienes.....	20
D. Benito Garcia Gonzalo.....	10
Sr. Cura de la Riva de Escalote.....	10
D. Juan Sanz, ecónomo de Caltojar	10
El Cirujano de id.....	10
Sr. Cura de Rello.....	10
Sr. Cura de Baides.....	10
D. Gregorio Lopez.....	10
D. Juan Martin.....	10
D. Joaquin Jimenez	10
<hr/>	
<i>Total recaudado</i>	3,299